

CÉSAR.—¡Estúpida! ¡Déjame ya! ¡Déjame!

ELENA.—Estás ciego, César. *(Entra MIGUEL con el saco al brazo y un periódico doblado en la mano. Parece trastornado. CÉSAR y ELENA callan, pero sus voces parece que siguen sonando en la atmósfera. CÉSAR pasea de un extremo a otro. MIGUEL se sienta en el sofá, cansado, mirándolos lentamente.)* ¿Dónde estuviste, Miguel? *(MIGUEL no contesta. Mira con intensidad a CÉSAR. La luz se hace más opaca, como si se cubriera de polvo.)*

CÉSAR.—*(Volviéndose como picado por un aguijón.)* ¿Por qué me miras así, Miguel?

MIGUEL.—*(Lentamente.)* He estado pensando que tus hijos sabemos muy poco de ti, papá.

CÉSAR.—¿De mí? Nada. Nunca les ha importado saber nada de mí.

MIGUEL.—Pero me pregunto también si mamá sabe más de ti que nosotros, si nos ha ocultado algo.

ELENA.—Miguel, ¿qué te pasa? Es como si me acusaras de...

MIGUEL.—Nada. Es curioso, sin embargo, que para saber quién es mi padre tenga yo que esperar a que lo digan los periódicos.

CÉSAR.—¿Qué quieres decir?

MIGUEL.—*(Desdoblado el periódico.)* Esto. Aquí hablan de ti.

CÉSAR.—*(Yendo hacia él.)* Dame.

MIGUEL.—*(Con una energía concentrada, rítmica casi.)* No. Voy a leerlo. Eso por lo menos lo aprendí. *(CÉSAR y ELENA cambian una mirada rápida.)*

ELENA.—*(A media voz.)* ¡César!

MIGUEL.—*(Leyendo con lentitud, martilleando un poco las palabras.)* «Reaparece un gran héroe mexicano. La verdad es más extraña que la ficción. Bajo este título, tomado de Shakespeare, el profesor Oliver Bolton, de la Universidad de Harvard, publica en el «New York Times» una serie de artículos sobre la revolución mexicana.»

CÉSAR.—Sigue. *(ELENA se acerca a él y toma su brazo, que va apretando gradualmente durante su lectura.)*

MIGUEL.—*(Después de una mirada a su padre, leyendo con voz blanca.)* «El primero relata la misteriosa desapa-

rición, en mil novecientos catorce, del extraordinario general César Rubio, verdadero precursor de la revolución, según parece. Bolton describe la vertiginosa carrera de Rubio, su influencia sobre los destinos de México y sus hombres, hasta caer en una emboscada tendida por un subordinado suyo, comprado por sus enemigos. El artículo reproduce documentos aparentemente fidedignos, fruto de una honesta investigación.»

ELENA.—Había prometido, ¿no?

CÉSAR.—Calla.

MIGUEL.—*(Los mira. Sonríe de un modo extraño y sigue leyendo.)* «Estas revelaciones agitarán los círculos políticos y seguramente alterarán los textos de la historia mexicana contemporánea. Pero el golpe teatral está en el segundo artículo, donde Bolton refiere su reciente descubrimiento en México. Según él, César Rubio, desilusionado ante el triunfo de los demagogos y los falsos revolucionarios, oscuro, olvidado, vive—contra toda creencia—, dedicado en humilde cátedra universitaria—gana cuatro pesos diarios (ochenta centavos de dólar)—a enseñar la historia de la revolución para rescatarla ante las nuevas generaciones. *(MIGUEL levanta la vista hacia CÉSAR, que se vuelve a otra parte. Se oyen los pasos de JULIA en la escalera.)* Al estrechar la mano de este héroe—dice Bolton—prometí callar su identidad actual. Pero no resisto a la belleza de la verdad, al deseo de hacer justicia al hombre cuya conducta no tiene paralelo en la historia.»

JULIA.—Mamá.

MIGUEL.—*(Volviéndose a ella.)* Escucha. *(Lee.)* «Siendo digno César Rubio de un homenaje nacional, puede, además, ser aún útil a su país, que necesita como nunca hombres desinteresados. Cincinato se retiró a labrar la tierra, convirtiéndose en un rico hacendado. César escribió sus «Comentarios»; pero ni estos héroes ni otros pueden equipararse a César Rubio, el gran caudillo de ayer, el humilde profesor de hoy. La verdad es siempre más extraña que la ficción.» *(Pausa.)*

JULIA.—¿Qué quiere decir?...

MIGUEL.—Hay algo más. *(Lee.)* «El profesor Bolton declaró a los corresponsales extranjeros que encontró a Cé-

sar Rubio en una humilde casa de madera, aislada, cerca del pueblo de Allende, próximo a la carretera central.»

ELENA.—¡Oh César!

JULIA.—Papá, no entiendo... ¿Esto se refiere a...?

CÉSAR.—¿Es todo?

MIGUEL.—No..., hay más. Pero dile a Julia que se refiera a ti, padre.

CÉSAR.—Acaba.

MIGUEL.—«La Secretaría de Guerra y el Partido Revolucionario investigan ya con gran reserva este caso, por orden del primer magistrado de la Nación. A ser cierto, este acontecimiento revolucionará la política mexicana.» Ahora sí es todo.

ELENA.—¿Qué vas a hacer ahora, César?

CÉSAR.—Tenías razón. Debemos irnos.

MIGUEL.—Pero yo quiero saber. ¿Es cierto esto? Y si es cierto, ¿por qué lo has callado tanto tiempo, padre?

JULIA.—(Apartando los ojos del periódico.) Tú, papá... ¡Parece tan extraño!

MIGUEL.—Dímelo.

ELENA.—Interrogas a tu padre, Miguel.

MIGUEL.—Pero ¿no comprendes, mamá? Tengo derecho a saber.

JULIA.—(Tirando el periódico y corriendo a abrazar a César.) ¿Y te has sacrificado todo este tiempo, papá? Yo no sabía... ¡Oh, me haces tan feliz! Me siento tan mala por no saber... (CÉSAR la abraza de modo que le impide ver su rostro demudado.)

MIGUEL.—¿Vas a decírmelo?

JULIA.—(Desprendiéndose, vehemente.) ¿Acaso no crees que sea cierto? Deberíamos sentir vergüenza de cómo nos hemos portado con él (Sonriendo.), con el señor general César Rubio.

MIGUEL.—Papá, ¿no me lo dirás?

CÉSAR.—Y bien...

ELENA.—Debemos irnos inmediatamente, César, ya que ha sucedido lo que queríamos evitar. Miguel, Julia, empaquen pronto. Nos vamos ahora mismo a los Estados Unidos. El tren pasará a las siete por el pueblo.

CÉSAR.—(Decidido.) Sí, es necesario. (JULIA se dirige a la izquierda.)

MIGUEL.—Pero esto parece una fuga. ¿Por qué? ¿Y por qué el silencio? No es más que una palabra...

JULIA.—(Volviéndose.) Ven, Miguel; vamos.

CÉSAR.—(Con esfuerzo.) Se te explicará todo después. Ahora debemos empacar y marcharnos. (MIGUEL le dirige la última mirada y cruza hacia la izquierda. Cuando se reúne con JULIA, cerca de la puerta, se oye un toquido por la derecha. CÉSAR y ELENA se miran con desamparo. CÉSAR dice con la voz blanca.) ¿Quién? (Cinco hombres penetran por la derecha en el orden siguiente: primero, EPIGMENIO GUZMÁN, presidente municipal de Allende; en seguida, el licenciado ESTRELLA, delegado del Partido en la región y gran orador; en seguida, SALINAS, GARZA y TREVIÑO, diputados locales. Instintivamente, ELENA se prende al brazo de CÉSAR, y MIGUEL, al lado de su madre. Este cuadro de familia desconcierta un poco a los recién llegados.)

GUZMÁN.—(Limpiándose la garganta.) ¿Es usted el que dice ser el general César Rubio?

CÉSAR.—(Después de una rápida mirada a su familia, se adelanta.) Ese es mi nombre.

SALINAS.—(Adelantando un paso.) Pero ¿es usted el general?

GUZMÁN.—Permítame, compañero Salinas. Yo voy a tratar esto.

ESTRELLA.—Perdón. Creo que el indicado para tratarlo soy yo, señores. (Blande un telegrama.) Además, tengo instrucciones especiales. (ESTRELLA es alto, delgado; tiene esas facciones burdas con pretensión de raza. Usa grandes patillas y muchos anillos. Tiene la piel manchada por esas confusas manifestaciones cutáneas que atestiguan a la vez el exceso sexual y el exceso de abstención sexual. Los otros son nortños típicos, delgados SALINAS y TREVIÑO, gordos GARZA y GUZMÁN. Todos sanos, buenos bebedores de cerveza, campechanos, claros y decididos.)

TREVIÑO.—Oye, Epigmenio...

GARZA.—(Simultáneamente al anterior.) Mire, compañero Estrella...

GUZMÁN.—Me parece, señores, que esto me toca a mí, y ya.

CÉSAR.—(Que ha estado mirándolos.) Cualquiera que sea su asunto, señores, háganme el favor de sentarse. (Con un ademán hacia el grupo de sus familiares.) Mi esposa y mis hijos. (Los visitantes hacen un saludo silencioso, menos ESTRELLA, que se dirige con una sonrisa a estrechar la mano de ELENA, JULIA y MIGUEL, murmurando saludos triviales. Es un capitalino de la baja clase media. Entre tanto, EPIGMENTIO GUZMÁN ha estado observando intensamente a CÉSAR.)

GUZMÁN.—Nuestro asunto es enteramente privado. Sería preferible que... (Mira a la familia.)

CÉSAR.—Elena... (ELENA toma de la mano a JULIA e inician el mutis. MIGUEL permanece mirando a su padre y a los visitantes alternativamente.)

ESTRELLA.—De ninguna manera. El asunto que nos trae exige el secreto más absoluto para todos, menos para los familiares del señor Rubio. (ELENA y JULIA se han vuelto.)

SALINAS.—No necesitamos la presencia de las señoras por ahora.

TREVIÑO.—Esto es cosa de hombres, compañero.

CÉSAR.—(Irónico, inquieto en realidad por la tensa atención de MIGUEL, por la angustia de ELENA.) Si es por mí, señores, no se preocupen. No tengo secretos para mi familia.

GARZA.—Lo mejor es aclarar las cosas de una vez. Usted...

ESTRELLA.—Compañero diputado, me permito recordarle que tengo la representación del Partido para tratar este asunto. Estimo que la señora y la señorita, que representan a la familia mexicana, deben quedarse.

CÉSAR.—Tengan la bondad de sentarse, señores. (Todos se instalan, discutiendo a la vez, menos GUZMÁN, que sigue abstraído mirando a CÉSAR.) ¿Usted? (A GUZMÁN.)

GUZMÁN.—(Sobresaltado.) Gracias. (ESTRELLA y SALINAS quedan sentados en el sofá de tule; GARZA y TREVIÑO, en los sillones de tule, a los lados; GUZMÁN, al ser interpelado por CÉSAR, va a sentarse al sofá, de modo que ESTRELLA queda al centro. ELENA y JULIA se han sentado en el otro

extremo, mirando al grupo. MIGUEL, para ver la cara de su padre, que ha quedado de espaldas al público, se sitúa recargado contra los arcos. CÉSAR, como un acusado, queda de frente al grupo de políticos, en primer término derecha. Los diputados miran a GUZMÁN y a ESTRELLA.)

SALINAS.—¿Qué pasó? ¿Quién habla por fin?

TREVIÑO.—Eso.

ESTRELLA.—(Adelantándose a GUZMÁN.) Señores... (Se limpia la garganta.) El señor presidente de la República y el Partido Revolucionario de la Nación me han dado instrucciones para que investigue las revelaciones del profesor Bolton y establezca la identidad de su informe. ¿Qué tiene usted que decir, señor Rubio? Debo pedirle que no se equivoque sobre nuestras intenciones, que son cordiales.

CÉSAR.—(Pausado, sintiendo como una quemadura la mirada fija de MIGUEL.) Todos ustedes son muy jóvenes, señores...; pertenecen a la revolución de hoy. No puedo esperar, por lo tanto, que me reconozcan. He dicho ya que soy César Rubio. ¿Es todo lo que desean saber?

SALINAS.—(A ESTRELLA.) Mi padre conoció al general César Rubio..., pero murió.

TREVIÑO.—También mi tío... sirvió a sus órdenes; me hablaba de él. Murió.

GARZA.—Sin embargo, quedan por ahí viejos que podrían reconocerlo.

ESTRELLA.—Esto no nos lleva a ninguna parte, compañeros. (A CÉSAR.) Mi comisión consiste en averiguar si es usted el general César Rubio, y si tiene papeles con qué probarlo.

CÉSAR.—(Alerta, consciente de la silenciosa observación de GUZMÁN.) Si han leído ustedes los periódicos—y me figuro que sí—, sabrán que entregué esos documentos al profesor Bolton.

ESTRELLA.—Mire, mi general..., hum..., señor Rubio, este asunto tiene una gran importancia. Es necesario que hable usted ya.

CÉSAR.—(Casi acorralado.) Nunca pensé en resucitar el pasado, señores.

MIGUEL.—(*Avanza dos pasos, quedando en línea diagonal frente a su padre.*) Es preciso que hables, papá.

CÉSAR.—(*Tratando de vencer su abatimiento.*) ¿Para qué?

ESTRELLA.—Usted comprende que esta revelación está destinada a tener un peso singular sobre los destinos políticos de México. Todo lo que le pido, en nombre del señor Presidente, en nombre del Partido y en nombre de la Patria, es un documento. Le repito que nuestras intenciones son cordiales. Una prueba.

CÉSAR.—(*Alzando la cabeza.*) Hay cosas que no necesitan de pruebas, señor. ¿Qué objeto persiguen ustedes al investigar mi vida? ¿Por qué no me dejan en mi retiro?

ESTRELLA.—Porque si es usted el general César Rubio, no se pertenece: pertenece a la revolución, a una patria que ha sido siempre amorosa madre de los héroes.

SALINAS.—Un momento. Antes de decir discursos, compañero Estrella, queremos que se identifique.

GARZA.—Que se identifique...

TREVIÑO.—(*Simultáneamente al anterior.*) Eso es todo lo que pedimos.

MIGUEL.—Papá. (*Da un paso más al frente.*)

CÉSAR.—Es curioso que quienes necesitan pruebas materiales sean precisamente mis paisanos, los diputados locales... (*Mirada a MIGUEL*) y mi hijo. (*MIGUEL retrocede un paso, bajando la cabeza.*) ¿Por qué no me dejan tan muerto como estaba?

ESTRELLA.—(*Decidido.*) Comprendo muy bien su actitud, mi general, y yo que represento al partido revolucionario de la Nación no necesito de esas pruebas. Estoy seguro de que tampoco el señor Presidente las necesita, y bastará...

SALINAS.—(*Levantándose.*) Nosotros, sí.

ESTRELLA.—Permítame. Es el pueblo, son los periodistas, que no tardarán en llegar aquí (*CÉSAR y ELENA cambian una mirada.*); son los burócratas de la Secretaría de Guerra, que tampoco tardarán. ¿Por qué no nos da usted esa pequeña prueba a nosotros y nos tiene confianza, para que nosotros respondamos de usted ante el pueblo?

CÉSAR.—El pueblo sería el único que no necesitara prue-

bas. Tiene su instinto y le basta. Me rehusó a identificarme ante ustedes.

MIGUEL.—Pero ¿por qué, papá?

GARZA.—No es necesario que se ofenda usted, general. Venimos en son de paz. Si pedimos pruebas es por su propia conveniencia.

SALINAS.—Lo más práctico es traer algunos viejos del pueblo. Yo voy en el carro.

TREVIÑO.—Pedimos una prueba como acto de confianza.

ESTRELLA.—Yo encuentro que el general tiene razón. (*A CÉSAR.*) Ya ve usted que yo no le he apeado el título que le pertenece. (*A los demás.*) Pero si él supiera para qué hemos venido aquí, comprendería nuestra insistencia.

CÉSAR.—(*Mirando alternativamente a MIGUEL y a ELENA.*) ¿Con qué objeto han venido ustedes, pues?

ESTRELLA.—Allí está la cosa, mi general. Démonos una prueba de mutua confianza.

CÉSAR.—(*Sintiéndose fortalecido.*) Empiecen ustedes, entonces.

ESTRELLA.—(*Sonriendo.*) Nosotros estamos en mayoría, mi general; en esta época, el triunfo es de las mayorías.

SALINAS.—La cosa es muy sencilla. Si él se niega a identificarse, ¿a nosotros qué? Sigue muerto para nosotros ya.

ESTRELLA.—Mi misión y mi interés son más amplios que los de ustedes, compañeros.

TREVIÑO.—Allá usted... y allá las autoridades. Nosotros no tenemos tiempo que perder. Vámonos, muchachos. (*Se levantan.*)

GARZA.—(*Levantándose.*) Espérate, hombre.

SALINAS.—(*Levantándose.*) Yo siempre dije que era pura ilusión todo.

ESTRELLA.—(*Levantándose.*) Las autoridades militares, en efecto, mi general, podrán presionarlo a usted. ¿Por qué insistir en esa actitud? ¿Por qué no nombra usted a alguien que lo conozca, que lo identifique? Es en interés de usted... y de la Nación... y de su Estado. (*Se vuelve hacia la familia.*) Pero estamos perdiendo el tiempo. Con todo respeto hacia su actitud, mi general..., estoy seguro de que usted tiene razones poderosas para obrar así..., la señora podrá, sin duda... (*ELENA se levanta.*)

CÉSAR.—(Con angustiosa energía.) No meta usted a mi mujer en estas cosas.

ELENA.—Déjame, César. Es necesario. Yo atestiguaré.

CÉSAR.—Mi esposa nada sabe de esto. (A ELENA.) Cállate.

GUZMÁN.—(Hablando por primera vez desde que empezó esto.) Un momento. (Todos se vuelven hacia él, que continúa sentado.) Dicen que César Rubio era un gran fisonomista..., yo no lo soy; pero recuerdo sus facciones. Era yo muy joven todavía y no lo vi más que una vez; pero para mí, es él. Le he estado observando todo el tiempo. (Sensación.) Tal vez se acuerde de mi padre, que sirvió a sus órdenes. (Saca un grueso reloj de tipo ferrocarrilero, cuya tapa posterior alza; se levanta él mismo, y tiende el reloj a CÉSAR RUBIO.) Gracias.

CÉSAR.—(Tomando el reloj, pasa al centro de la escena, mientras los demás lo rodean con curiosidad. Duda antes de mirar el retrato, se decide, lo mira y sonríe. Alza la cabeza y devuelve el reloj a GUZMÁN. Se mete las manos a los bolsillos y se sienta en el sofá, diciendo:) Gracias.

GUZMÁN.—¿Lo conoce usted? (Se acerca.)

CÉSAR.—(Lentamente.) Es Isidro Guzmán; lo mataron los huertistas el trece, en Saltillo.

GUZMÁN.—(A los otros.) ¿Ven cómo es él?

ESTRELLA.—¿Es usted, entonces, el general César Rubio?

SALINAS.—Eso no prueba.

GUZMÁN.—¿Cómo iba a conocer a mi viejo, entonces?

TREVIÑO.—No, no; esto no quiere decir nada.

ESTRELLA.—Un momento, señores. Mi general..., hum..., señor Rubio: ¿dónde nació usted? Espero que no tenga inconveniente en decirme eso.

CÉSAR.—En esta misma población, cuando no era más que un principio de aldea.

ESTRELLA.—¿En qué calle?

CÉSAR.—En la única que tenía el pueblo entonces..., la calle Real.

ESTRELLA.—¿En qué año?

CÉSAR.—Hace medio siglo, precisamente, en julio pasado.

ESTRELLA.—(Sacando un telegrama del bolsillo y pasando la vista sobre él.) Gracias, mi general. Ustedes dirán

lo que gusten, compañeros; a mí me basta con esto. Los datos coinciden.

GUZMÁN.—Y a mí también. Conoció al viejo.

CÉSAR.—(Sonriendo.) Le decían «la Gallareta».

GUZMÁN.—(Con entusiasmo.) Es verdad.

CÉSAR.—(Remachando.) Era valiente.

GUZMÁN.—(Más entusiasmado.) ¡Ya lo creo! Ese era el viejo..., murió peleando. Valiente de la escuela de usted, mi general.

CÉSAR.—¿De cuál de las dos? (Risas.) No... «la Gallareta» murió por salvar a César Rubio. Cuando los federales dispararon sobre César, que iba delante a caballo, el coronel Guzmán hizo reparar su montura y se atravesó. Lo mataron, pero se salvó César Rubio.

TREVIÑO.—¿Por qué habla usted de sí mismo como si se tratara de otro?

CÉSAR.—(Cada vez más dueño de sí.) Porque quizás así es. Han pasado muchos años..., los hombres se transforman. Luego las costumbres de la cátedra... (Se levanta.) Ahora, ¿están ustedes satisfechos, señores?

SALINAS.—Pues... no del todo.

GARZA.—Algo nos falta por ver.

CÉSAR.—¿Y qué es?

SALINAS.—(Mirando a los otros.) Pues papeles, pruebas, pues.

CÉSAR.—(Después de una pausa.) Estoy seguro de que ahora el profesor Bolton publicará los que le entregué, que eran todos los que tenía. Entonces quedará satisfecha su curiosidad por entero. Pero, hasta entonces, sigan considerándome muerto; déjenme acabar mis días en paz. Quería acabar en mi pueblo, pero puedo irme a otra parte; (Sensación y protestas entre los políticos. Aún SALINAS y GARZA protestan. La familia toda se ha acercado a CÉSAR. ESTRELLA acaba por hacerse oír, después de un momento de agitar los brazos y abrir una gran boca sin conseguirlo.)

ESTRELLA.—Mi general, si he venido en representación del Partido Revolucionario de la Nación y con una comisión confidencial del señor Presidente, no ha sido por una mera curiosidad, ni únicamente para molestar a usted pi-diéndole sus papeles de identificación.

GUZMÁN.—Ni yo tampoco. Yo vine como presidente municipal de Allende a discutir otras cuestiones que importan al Estado. Lo mismo los señores diputados.

GARZA.—Es verdad.

CÉSAR.—(Mirando a ELENA.) ¿Qué desean ustedes, entonces?

ELENA.—(Adeiantándose hacia el grupo.) Yo sé lo que desean..., una cosa política. Diles que no, César.

ESTRELLA.—El admirable instinto femenino. Tiene usted una esposa muy inteligente, mi general.

SALINAS.—Treviño.

TREVIÑO.—¿Qué hubo? (SALINAS toma a TREVIÑO por el brazo y lo lleva hacia la puerta, donde hablan ostensible mente en secreto. GUZMÁN los sigue con la vista moviendo la cabeza.)

GUZMÁN.—(Mientras mira hacia SALINAS y TREVIÑO.) La señora le ha dado al clavo, en efecto.

SALINAS.—(En voz baja, que no debe ser oída del público, y muy lentamente, mientras habla GUZMÁN.) Vete volando al pueblo con mi carro. (TREVIÑO mueve la cabeza afirmativamente. Es indispensable que los actores pronuncien estas palabras inaudibles para el público. Decirlas efectivamente sugerirá una acción planeada y evitará una laguna en la progresión del acto, a la vez que ayudará a los actores a mantenerse en carácter mientras están en la escena.)

CÉSAR.—Gracias. ¿Es eso, entonces, lo que buscaban ustedes?

ESTRELLA.—Buscamos algo más que lo meramente político inmediato, mi general. La reaparición de usted es providen... (Se corrige y se detiene buscando la palabra.) pródida y revolucionaria... (Entre tanto, al mismo tiempo:)

SALINAS.—... y tráete a Emeterio Rocha.

ESTRELLA.—... y extraordinariamente oportuna. Este Estado, como, sin duda, lo sabe usted, se prepara a llevar a cabo la elección de un nuevo gobernador.

SALINAS.—(Entre tanto.) El conoció a César Rubio. ¿Entiendes?

TREVIÑO.—(Mismo juego.) Seguro. Ya veo lo que quieres.

CÉSAR.—(A ESTRELLA.) Conozco esa circunstancia..., pero nada tiene que ver conmigo.

SALINAS.—(Mismo juego, dando una palmada a TREVIÑO en el hombro.) ¿De acuerdo? Nada más por las dudas. (TREVIÑO afirma con la cabeza.) Váyase, pues. (TREVIÑO sale rápidamente después de dirigir una mirada circular a la escena.)

ESTRELLA.—Se equivoca usted, mi general. Al reaparecer, usted se convierte automáticamente en el candidato ideal para el Gobierno de su Estado natal.

ELENA.—¡No, César!

JULIA.—¿Por qué no, mamá? Papá lo merece. (Lo mira con pasión.)

CÉSAR.—¿Por qué no, en efecto? (SALINAS se reúne con el grupo, sonriendo.) Voy a decírselo, señor..., señor...

ESTRELLA.—Rafael Estrella, mi general.

CÉSAR.—Voy a decírselo, señor Estrella. (Involuntariamente, en papel, viviendo ya el mito de CÉSAR RUBIO.) Me alejé para siempre de la política. Prefiero continuar mi vida humilde y oscura de hasta ahora.

ESTRELLA.—No tiene usted derecho, mi general, permítame, a privar a la Patria de su valiosa colaboración.

GUZMÁN.—El Estado está en peligro de caer en el continuismo..., usted puede salvarlo.

CÉSAR.—No. César Rubio sirvió para empezar la revolución. Estoy viejo. Ahora toca a otros continuarla. ¿Habla usted oficialmente, compañero Estrella?

ESTRELLA.—Cumpló, al hacer a usted este ofrecimiento, con la comisión que me fue confiada en México por el Partido Revolucionario de la Nación, y por el señor Presidente.

GUZMÁN.—Yo conozco el sentir del pueblo aquí, mi general. Todos sabemos que Navarro continuaría el mangoneo del gobernador actual, de acuerdo con él, y no queremos eso. Navarro tiene malos antecedentes.

ESTRELLA.—Conocen la historia de usted, y eso basta. El Partido, como instituto político encargado de velar por la inviolabilidad de los comicios, ve en la reaparición de usted una oportunidad para que surja en el Estado una noble competencia política por la gubernatura. Sin des-